



El enemigo interior

El gran triunfo del neoliberalismo no consiste en haber convertido la sociedad en un inmenso mercado global en el que todo se puede comprar y vender y el objetivo es alcanzar el éxito en cualquier empresa, obtener beneficio y rentabilidad al precio que sea, por encima de principios éticos y pisoteando la dignidad del individuo, reducido a una cuenta de resultados, un empeño titánico que se materializa con el asalto al poder, la desactivación de derechos fundamentales y conquistas sociales, el expolio de lo público como si se tratase del chalaneo de un tratante de ganado, el sometimiento de las instituciones y la desvirtuación del modelo democrático, huérfano de controles que vigilen y certifiquen su calidad; no, la victoria real de este capitalismo atroz y voraz consiste en haber arrebatado al hombre la libertad y usurpado su soberanía con el viejo truco del diablo al que vendemos el alma cuando pone a nuestros pies todas las maravillas del mundo material. En ese empeño, ha truncado el más mínimo atisbo de conciencia en sometimiento y represión. En una concepción dialéctica de las relaciones sociales, se asume la rebeldía ante la violencia cuando ésta es ajena, viene de fuera y se ejerce para reprimir. El marxismo presentaba el hombre alienado, esclavizado, sin posibilidad de acceso a los medios de producción, y de esa explotación surgía la revolución, el espíritu del cambio, la transformación profunda de las estructuras sociales para que valores como la igualdad y la justicia sostengan el

modelo de convivencia. Pero el neoliberalismo ha interiorizado toda esa violencia hasta el punto de que en una sociedad en crisis la meta es sobrevivir y el fin la autoexplotación. El *homo homini lupus* ha desembocado en la bestia neoliberal que compite en un mercado en el que no existen reglas porque todo vale y en el que el principal enemigo del



Hemos asumido la condición de víctima y verdugo hasta perderlo todo; primero la dignidad, después la conciencia y, por último, la libertad. Hemos apostado el futuro al fracaso

hombre es el hombre mismo. Cuando el poder amordaza la libertad de expresión, consciente de que el pensamiento es un arma de futuro que se dispara mediante la palabra cebada con la ideología, sabe que el mejor aliado del silencio cómplice es la autocensura, pues bien, el neoliberalismo ha comprendido que la mejor violencia que se puede ejercer sobre la condición humana es la que el propio hombre se inflige: la lucha

encarnizada por un puesto de trabajo, la competencia desleal, la necesidad de sobrevivir, la aceptación de condiciones infrahumanas, la codicia sin límites, la ambición desmesurada, la claudicación de lo público frente a la visión más deshumanizada del individuo, entender ese 'yo' como contraposición al interés colectivo, el egoísmo frente al esfuerzo comunitario y solidario. Hemos acabado siendo esclavos de nosotros mismos mientras el sistema se fagocita con nuestro sometimiento conformista. Hemos asumido la condición de víctima y verdugo hasta perderlo todo; primero la dignidad, después la conciencia y, por último, la libertad. Hemos apostado el futuro al fracaso. Vivimos en un mundo interconectado, ilimitado y simultáneo en virtud de las redes sociales y, sin embargo, estamos solos, somos hombres solos enfrentados a nosotros mismos en la esperanza de un destino incierto y condicionados por una realidad esquiva. Ya no buscamos el bienestar o el progreso, desarrollarnos, crecer; solo sobrevivir. Y en ese afán las nuevas tecnologías multiplican nuestro eco en demanda de auxilio y no somos capaces de encontrar respuesta, de percibir al otro, a los demás, a la sociedad, porque la imagen que nos devuelve el espejo de la vida es el rostro triste y miserable de nuestro torturador, nuestra propia alma descarnada que nos exige más y que nos explota en nombre del mercado para prometernos un paraíso en el que ya somos dioses de la nada. ■

betisalai@manueldominguezmoreno.es